



CAPÍTULO V

De las circunstancias que contribuyeron á la transformación de la «Providencia» de Ars.

HEMOS visto todo lo que Dios había hecho hasta ahora para sostener la *Providencia* de Ars; se consolidaba y producía mucho bien. Sesenta huérfanas hallaban allí abrigo, trabajos, tiernos consejos y ejemplos angelicales. Los que veían trabajar á las directoras de la casa, si no llegaron á entrever las almas verdaderamente santas que se formaban para el cielo en aquella escuela de perfecta caridad, pudieron conocer al menos que el mundo debería á dicha casa mujeres honradas. Sin embargo, en vez de ser auxiliada y aprobada de los hombres la institución fundada por Vianney, sólo recogía de su parte mordaces críticas y amargas censuras. Muchas cosas, en efecto, se decían de aquella obra... La empresa era tan nueva, la casa era tan pobre, su organización tan singular, y la sabiduría humana y los reglamentos oficiales se despreciaban allí tan escandalosamente, que bien merecía por todo esto la censura del gran mundo... El bien sufre violencia en este mundo, como el reino de los cielos, ya que no es

otra cosa que su preparación. Esa misma circunstancia era para el fundador del pequeño asilo de huérfanos una prenda de esperanza, porque en ella veía el sello ordinario de las obras de Dios: «Lo esencial es »saber, decía el santo Párroco, que en esa casa se »obra el bien; después de eso, es necesario dejar »decir cuanto quieran, y seguir adelante con la prudencia necesaria.»

Mas había llegado el momento en que las preocupaciones aglomeradas contra ese humilde asilo de caridad, debían causar su transformación. Esta ha sido tal vez la prueba por excelencia en la vida del Párroco de Ars. No podía Dios herirle más profundamente, ni en un punto más sensible y delicado, que suprimiendo esta obra, en la que ejercitaba diariamente su celo; en ella, al mismo tiempo que su espíritu hallaba una distracción agradable y descanso de sus más penosos trabajos, su corazón hallaba consuelo y reposo. En todas las circunstancias difíciles é importantes mandaba orar á sus tan amadas huérfanas, y, según ha declarado después, siempre eran oídas favorablemente sus súplicas. El clamor de la debilidad y de la inocencia tiene gran fuerza para hacer á Dios propicio. Nos han dicho las directoras que el Beato Párroco las mandaba hacer Novenas por la conversión de los pecadores en su casa de la *Providencia*, y observaron que después de estas Novenas llegaban á Ars muchas personas. Así se formó la peregrinación que tuvo lugar durante los años de 1825, 1826 y 1827.

Para comprender, pues, esa dura prueba, es necesario elevarse hasta la voluntad adorable de Dios; quien, para enriquecer con nuevos méritos el alma

de un santo, le impone los sacrificios más penosos é incomprensibles al espíritu humano. Queriendo Dios hacer desaparecer de esa alma predestinada hasta el último vestigio del amor propio, permitió que las preocupaciones contra la pobreza de la casa de la *Providencia* se generalizasen y tomaran cuerpo en todas partes. Á los ojos del mundo y de la sociedad oficial de aquel tiempo, no era esa santa casa un asilo de pobreza; era la casa del desorden, defectuosa por su organización, y por falta de higiene intolerable; era, en fin, una casa enteramente ilegal... ¡Cuántas ilegalidades de este género hay en el santo Evangelio! Sin embargo, no creemos que los poderes humanos tengan fuerza suficiente para suprimirlas.

El público irreflexivo admitía como cosa corriente los cargos puestos en circulación por los inspectores dependientes de la Administración civil. Algunos vecinos de Ars, dominados por un sentimiento de vanidad y de orgullo mal entendido, contribuyeron también á desacreditar la obra del santo Párroco. Les repugnaba enviar sus hijos á las clases de un establecimiento en que se daba educación á los pobres; y todas esas causas reunidas debían producir la necesidad de un cambio. Veamos lo que sobre este particular dice Catalina, cuyo lenguaje se recomienda por su sinceridad; y es circunstancia notabilísima, si se tiene en cuenta que ella llevó una gran parte en este sacrificio.

«Envidioso el demonio, dice, del bien que se hacía en la casa de la *Providencia*, comenzó á maquinarse todo lo posible para inutilizar los esfuerzos del santo Párroco. Fuera de casa no se oían más que calumnias sin fin: las pobres huérfanas eran objeto de la

»animadversión general, cual si fuesen una carga insoportable á todo el mundo. Las de más edad, »sobre todo, atraían sobre sí la maledicencia, el ridículo y hasta murmuraciones públicas de mal género. ¿No es una vergüenza, se decía, ver á esas »jóvenes que podían ganar muy bien su vida trabajando, no estar ocupadas desde la mañana hasta la »noche más que en rezar oraciones?» Esto no era »exacto: la oración sólo era para ellas un descanso. »¿Acaso la ociosidad, la vagancia y los vicios á que »habían sido sustraídas, valían más que las virtudes »que se las enseñaba á practicar? Lo cierto es que »los amos y amas á cuyo servicio se dedicaban después de educadas, venían sin excepción á alabar »su conducta. Verdad es que sólo se colocaban las »que podían prestar buen servicio, mas no las que »carecían de tal condición: y esto era precisamente »lo que atraía sobre la casa la murmuración y otras »cosas inconvenientes. Preciso es confesar también »que algunas jóvenes cuya conversión no había sido »sincera, fueron débiles y no continuaron dando muy »buen ejemplo; mas, afortunadamente, el número de »éstas fué bien reducido.»

Pero no ha sido esto sólo: algunas personas de distinción, especialmente eclesiásticos, juzgaron que la casa de la *Providencia* aumentaba mucho su personal; y á su juicio no convenía que fuesen personas seculares, cuyo servicio muere con ellas, por mucho que vivan, sino una Congregación religiosa que no muere, y por lo mismo podía perpetuar la buena obra.

También se decía que las jóvenes encargadas de las clases no sabían lo que enseñaban, y que carecían

de la instrucción suficiente. Esto era verdad hasta cierto punto; pero ¿es necesario saber mucho para educar á pobres criadas de servicio, cocineras y peinadoras? ¿No basta enseñarlas á leer, escribir, trabajar y vivir cristianamente?

Publicadas en todas partes esas críticas y desconfianzas, inquietaron al santo Párroco. Amaba mucho su casa de la *Providencia*, y temía que la opinión, que se había generalizado contra ella, fuese un obstáculo para su prosperidad; que tal vez entrase en los designios de Dios no conservarla en su forma primitiva, y que, si él moría, podría no sobrevivirle. Ciertamente que renunciar á dicha casa era para él un sacrificio inmenso, y renunciar á la obra de su corazón. Esto no obstante, después de bien considerado el caso, y previo el asentimiento de la Autoridad diocesana, se decidió, con la habitual humildad, á ceder su dirección á las Hermanas de San José. En el mes de Noviembre de 1847 el señor Vicario general de la diócesis y la Superiora general de las Hermanas de este Instituto, que residían en Ars, después de ligeras conferencias, hicieron un convenio y levantaron acta, por la que el venerable Párroco cedía su casa de la *Providencia*, con la capilla, á la Congregación de San José.

Parece ser que el Párroco de Ars tuvo presentimiento de los destinos de su *Providencia*, y de su transformación final. Había dicho en una ocasión á Catalina: «Me ha pedido San José una cosa...; mas yo pienso que la hará otro después de mí.» Sobre cuyo particular replicó la buena hija: «Es preciso hacer con gusto lo que quiere San José.» Y el santo Párroco la contestó: «David quería edificar un tem-

»plo al Señor, y no lo hizo: esa obra estaba reservada á su hijo Salomón.»

¿Era esa conversación una mirada sobre el porvenir, ó una especie de intuición profética? Cuando el Beato Vianney afirmaba que San José le pedía una cosa, ¿aludía acaso á la Congregación de Bourg? El proyecto de cederle su *Providencia*, ¿estaba indicado en esas palabras? Sea de esto lo que quiera, es preciso confesar que el santo Párroco se rindió, á no poder más, cuando, por permisión de Dios, los consejos de personas que debía respetar, ejercieron sobre él tan eficaz influencia, que debió consentir en la transformación de su *Providencia*, juzgada ya necesaria.

Grande fué el dolor que sufrió su alma: Dios quiere que los sacrificios nos sean dolorosos; pero el del venerable Párroco fué un dolor santo, sin que se mezclase con él la más pequeña amargura. Muchos años después, abriendo el corazón á una persona que poseía su confianza, con motivo de un consejo que le pedía y que tenía alguna relación con el Asilo, le decía sobremanera risueño: «Yo tenía allí (en la *Providencia*) de sesenta á setenta huérfanas, recogidas en los caminos de la Dombés. Esas pobres niñas ignoraban las primeras verdades de la Religión: algunas ya habían hecho su primera comunión y no sabían ni el Padrenuestro, ni el Avemaria, ni el Credo. De entre ellas han salido un número considerable de religiosas, muchas excelentes criadas y buenas madres de familia. El mundo declamaba contra las de mayor edad, tratándolas de holgazanas, y son precisamente las que me han proporcionado mayor consuelo. Para sostener todo eso, yo no contaba con

»más recurso que la Divina Providencia, la cual jamás me ha faltado.» Continuó hablando un instante sobre lo provechoso que es abandonarse á la Providencia divina, y añadió: «Dignese nuestro Señor concedernos la alegría del sacrificio: jamás nos da pruebas más señaladas de su amor que con los sufrimientos, como si no se pudiese llegar al cumplimiento de sus designios sino por ese camino, único que conduce al Cielo. Todo está bien cuando llevamos con gusto nuestra cruz »

El Rdo. Superior de los Misioneros y el presbítero Foccanier le oyeron decir muchas veces: «En el tiempo de mi *Providencia* tenía que proveer á las necesidades de sesenta personas al menos; verdad es que las cosas se hacían con sencillez; abundaban los recursos, y de todas partes venía el dinero en mayor cantidad que la que necesitaba. Pero desde el momento en que se quiso introducir allí más orden, los recursos disminuyeron mucho.»

Jamás deja Dios la prueba sin consuelo: si el venerable Párroco de Ars no vió el bien conforme á la idea que había concebido primero, le vió bajo otra forma. Su *Providencia* llegó á ser una escuela gratuita y un pensionado, dirigido por las buenas Hermanas de San José, cuya abnegación y caridad heroica conoce y admira hoy toda Francia, y produce entre las jóvenes de Ars excelentes frutos, que dulcificaron en parte su amarga pena. Verdad es que el plan había sido alterado; pero es cierto que no se mudó en la parte esencial. Dignóse el Señor, en su misericordia, concederle el cúmulo y las creces prometidas á los que sólo buscan su reino y su justicia, inspirándole el pensamiento de fundar misiones en su parroquia.

¡Oh, Dios mío, cuán incomprensibles y desconocidos son vuestros caminos! La transformación del asilo de las huérfanas parecía privar al venerable Párroco, por designio adorable de Dios, de un medio seguro de salvar almas; y precisamente ese medio era el camino elegido para que pudiese salvarlas en mucho mayor número. Al lado de los grandes sacrificios, siempre hay grandes bendiciones. De esta consoladora verdad responde la extraordinaria, la prodigiosa peregrinación de Ars.

